En torno al cuidado de sí y de la casa común[1]

Daniel Prieto Castillo

Mendoza, 6 de abril de 2018

¿Por dónde comenzar? La tentación de un sendero biográfico no deja de ser atractiva, pero cuando uno ha vivido algunos años más que el resto de gran parte de quienes nos acompañan hoy, se corre el riesgo de despertar cascadas de bostezos y hasta de partidas sigilosas en medio del ejercicio discursivo. Queda fuera, entonces, la alternativa de hablar de uno mismo.

Exploré una segunda posibilidad: la referencia a un ejercicio sostenido de la escritura durante casi ya 50 años. Por ejemplo, seleccionar libros por épocas, por tendencias comunicacionales y educativas propias de los tiempos en que nacieron, recorrer el movimiento de algunas ideas con cierta permanencia y la irrupción de otras. También quedó fuera esto. Una travesía bibliográfica puede resultar tan tediosa como una biográfica.

En fin, anduve cavilando acerca de mis aprendizajes a lo largo y a lo ancho de mi vida, porque si se llama uno educador, y de eso me enorgullezco siempre, la cuestión fundamental (y fundacional) es preguntarse por lo que aprendes. Idénticas prevenciones: una lista de aprendizajes puede llevar a detenerse en detalles sobre detalles en un vértigo de esos llamados a no tener fin.

Entre lecturas y relecturas en la pantalla y en viejas libretas de apuntes, comenzó a delinearse una silueta de lo que hoy traigo para hacerme de alguna forma acreedor de la distinción. Si esta última ha sido otorgada por la Universidad, si el énfasis del reconocimiento alude a una propuesta comunicacional educativa dirigida a trabajar con los colegas docentes en relación con modos de articular capacitaciones, si pudimos sostener durante más de 20 años estudios de posgrado orientados en esa preciosa dirección, ¿no será tiempo, hoy, aquí, en esta Universidad, en esta Facultad, de narrar momentos que significaron aprendizajes y definiciones de nuestro caminar?

Como ven, del riesgo de perdernos en saber cuántas décadas, nos concentramos en poco más de dos; de la tentación de exhibir malabares biográficos y bibliográficos, pasamos a un ejercicio de identificación de algunas claves que sostuvieron nuestros aprendizajes

[1] Palabras en la ceremonia realizada en la Facultad de Filosofía y Letras con motivo del otorgamiento del título de profesor emérito por parte de la Universidad Nacional de Cuyo.

comunicacionales y educativos para hacer posible la construcción y la permanencia de los estudios de posgrado en esta nuestra Universidad.

Algo más: en la tradición literaria existe una expresión denominada "arte poética" presente en obras como las de Horacio y de Borges. En un poema el autor nos dice: esta es mi manera de entender el arte de la poesía. Me permito llevar ese giro de la palabra a nuestro campo para hablar de arte pedagógica, las páginas que siguen representan un intento de expresar nuestra manera de entender y practicar la pedagogía.

En torno al abandono

Hecho el corte, podrían ustedes esperar una inicial referencia a la década del 90, desde 1993, por ejemplo, año en el cual comenzamos en la Universidad Nacional de Cuyo con cursos de posgrados para apoyar a nuestros colegas en la tarea de promover y acompañar aprendizajes. Pero hace falta primero un punto de partida para orientar el camino discursivo. No aludiré a diásporas y peregrinaciones por las variadas ciudades de los hombres, como decía el griego Homero. Mantendré el corte en los 90, sin embargo, necesito traer una imagen que me sigue y persigue sin cesar. Se trata de un juego, en el espacio de la educación, en torno al abandono. Detengámonos en este término:

La palabra "abandono" proviene de "abandonar" que significa "dejar desamparada a una persona o cosa" (Real Academia Española). Deriva del francés *abandonner* derivado de *laisser a bandon,* "dejar en poder de alguien". *Bandon* significa "poder, autoridad" y proviene del francés *bann* que equivale a "bando, jurisdicción, edicto" (Corominas, 1983). En alemán bann quiere decir "orden de castigo" (Real Academia Española, 1985). "Sentirse abandonado" significaría quedar en manos de un poder en el sentido del giro lingüístico "quedar a la buena de Dios", es decir, sin amparo. El reflexivo "abandonarse" quiere decir "descuidar uno sus intereses u obligaciones o su aseo o compostura".[2]

Llevada esa palabra a nuestro espacio de trabajo, es posible reconocer el juego abandonante-abandonado-abandonado-abandonante, que visualizamos en la siguiente imagen.

[2] Tomo estas palabras directamente de las Obras completas de Luis Chiozza, tomo IV, p. 22, cita 16.



Si desde la conducción política un sistema educativo es abandonado por ejemplo en sus recursos económicos, hacia abajo, en cascada, el gran sistema abandonado se vuelve abandonante de formación para sus docentes, de recursos para sostener las bibliotecas, de becas… La cadena de abandonos, en ese triste juego de abandonante, abandonado, abandonante…, tiene un límite. Cuando se llega al último eslabón, cuando por debajo no hay a quien abandonar, se vive la alternativa de abandonarse. Me refiero a los estudiantes, me refiero a su desamparo, a quedar en manos de un poder. Y no solo a ellos, sin duda, también los docentes podemos vivir formas de falta de cuidado.

Pues bien, es esto lo que excede las décadas en las cuales me había comprometido a quedarme. Desde mucho antes me han obsesionado las formas de abandono expresadas en deserciones, en procesos entrópicos, en pérdidas de entusiasmo. Y como nos toca a quienes estamos en esta sala la tarea de promover y acompañar el aprendizaje, tiene sentido traer palabras que escribí hacia 1994:

“Si la pasión es la hoguera de la vida, no hay nada más triste que un educador desapasionado. Si nuestro instrumento de trabajo es el discurso, no hay nada más terrible que una práctica pedagógica en la cual se nieguen sus posibilidades, se reduzcan al mínimo, al borde del gesto congelado, de la mudez las relaciones de comunicación. Si tenemos por tarea la promoción y el acompañamiento del aprendizaje, no hay nada más desgarrador que un sistema organizado para frustrar, entorpecer el proceso de apropiación de los recursos para ser, para crearse la propia existencia”.

La obsesión, que quisiera comunicarles, lleva a una pregunta para siempre en el espacio de la educación: ¿qué puedo, qué podemos hacer para remediar el abandono expresado en miles de miles de niños y jóvenes que dejan sus estudios, en miles de colegas que no logran llenar sus expectativas de educadores, en tanto ser sombríamente acunado en manos de un poder que no controla?

Desde lo que a cada uno le toca en ese espacio, ¿qué hacer? En la experiencia que hemos podido compartir con quienes acompañaron los posgrados que hoy reconoce la Universidad en esta ceremonia, el énfasis fue puesto en lo pedagógico comunicacional.

Retomo, ahora así, el compromiso expresado: los momentos a partir de la década del 90; lo hago en el marco de la resistencia al abandono.

Primer momento: la soledad del educador

El 18 de diciembre de 1993 en el cierre de un curso interuniversitario organizado por el Rectorado, durante el cual se fueron forjando amistades como la que cultivamos con Elsa y María Teresa, esa resistencia se expresaba en relación con la soledad del educador:

"Siempre me ha afectado, enternecido, dolido, la soledad del educador. Porque se está muy solo cuando al propio discurso no le responde ni siquiera un eco, como si se empecinara uno en gritar ante gargantas mudas de las montañas. Estás muy solo cuando te toca correr de un lado a otro de la ciudad para completar 40 o 50 horas de trabajo, durante las cuales desfilan rostros, miradas, risas, como en un vértigo de espejos multiplicados, que dejan apenas imágenes fugaces y superficies frías. Estás muy solo cuando te predican sobre el apostolado de una labor volcada a formar generaciones futuras y de repente te dan ganas de gritar ¿y yo?, ¿y mis espacios, mis días, mi permanencia siquiera entre un puñado de seres con los cuales pueda seguir a través al menos de algunos retazos de tiempo?"

Primera forma de resistencia, entonces: a la soledad del educador. Ante ella con el grupo fundador de la Especialización en Docencia Universitaria [3] (3) impulsamos alternativas que nos han acompañado hasta el presente. En primer lugar, decirle no al asignaturismo. Recuperemos palabras de un sabio educador, escritor español, Emilio Lledó:

No hay forma de salir de la monstruosa educación deformadora de los exámenes permanentes. Siempre, desde que fui profesor, he combatido el asignaturismo, el "examineísmo"… esta idea del control permanente es una cosa inquisitorial, absolutamente inquisitorial, y por supuesto castrante, aniquilante, porque el conocimiento, el "bienser", se educa desde la libertad y la libertad se educa desde el diálogo, desde la apertura del diálogo con los otros. [4]

La soledad del educador está marcada en lo profundo por la división en asignaturas en todos los niveles del sistema, desde la primaria hasta la universidad. Nuestra Especialización nació

[3] Se trata del posgrado que dirigí en la Universidad Nacional de Cuyo desde 1995 a 2017, organizado sobre la base de lo que entendemos por mediación pedagógica.

[4] Entrevista revista Tulia
http://www.ieturolenses.org/revista_turia/index.php/actualidad_turia/cat/conversaciones/post/emilio-lledo-la-raiz-del-mal-esta-en-la-ignorancia-el-egoismo-y-la-codicia/

sin asignaturas, conformada por cuatro módulos en los cuales también pusimos en crisis la vieja estructura de los exámenes.

Segundo momento: ampliación de la mirada pedagógica al docente

La ampliación de la mirada pedagógica a la figura, el ser, la existencia, del docente. Eso está esbozado en el momento anterior, cuando decimos: "de repente te dan ganas de gritar ¿y yo?, ¿y mis espacios, mis días…?"

Retomo un escrito dirigido a ampliar la mirada:

A las y los educadores nos toca la inmensa responsabilidad de impulsar el ser de nuestros estudiantes, de apoyarlos en la construcción de su estima, de respetarlos, de colaborar en la edificación de su dignidad. Por todas partes nos hablan de ello: en el currículum, en el perfil de los egresados, en las concepciones del aprendizaje, en las políticas nacionales e institucionales… Maravillosa práctica, tenemos el privilegio de participar en una labor de sentido inmensa; ello nos convierte en profesionales únicos, porque no a todos les toca una misión semejante en la existencia. Pero… ¿Y nosotros? ¿Y nuestra postura sobre la tierra? ¿Y el respeto que nos deben y nos debemos? ¿Y el reconocimiento a tamaña responsabilidad? ¿Y nuestra voz? ¿Y nuestros derechos? ¿Y nuestras posibilidades de construir el propio futuro y el de los seres queridos? ¿Y nuestro llegar a ser entre otros seres?

Esas preguntas estuvieron en la base del Posgrado desde sus comienzos. Si hablamos de docencia universitaria la mirada pedagógica se orienta a la totalidad de un proceso educativo, pero de manera radical (es decir de raíz) a quienes vienen a ella como educadores. Los cuatro módulos que conforman la Carrera tienen como protagonistas, siempre a cada una y cada uno de los participantes en esos estudios. La responsabilidad de los coordinadores de tal empresa es inmensa, nuestros estudiantes son nuestros colegas. No vamos a ellos a darles clases o a enseñarles pedagogía, vamos a compartir experiencias, a buscar en lo vivido en aulas y en contextos por cada quien, a aprender juntos en un devenir de sostenida interlocución.

En ese camino de recuperación del otro, porque de eso se trató y se trata, el protagonismo no es de los coordinadores, ni de los autores, ni de los textos…, la clave del Posgrado pasa en lo profundo por cada cursante. De allí el pedido de recuperar la escritura como forma de sistematizar la propia experiencia, de hacerlo en clave comunicacional, de darse el tiempo para la reflexión y la comunicación consigo mismo y con los demás, de valorarse y respetarse en el ejercicio de la profesión, de construir obra pedagógica nacida no del exclusivo comercio con la literatura científica, sino también, y de manera radical, del diálogo con uno mismo y con los demás. Por eso nuestros estudios requirieron desde sus orígenes un equipo de personas capaces de acompañar a los colegas no para someterlos a exámenes, sino para leer página a página sus producciones, para dialogar con ellos, para aprender

juntos, para compartir, para vivir la preciosa experiencia de estar con los demás en el acto educativo, de superar las tercas barreras de la soledad del educador.

Tercer momento: el entorno de aprendizaje

Nos llevó mucho tiempo comprender el alcance de esas palabras, tan presentes hoy en las teorizaciones y prácticas posibilitadas por las tecnologías digitales. La estructura con la que trabajamos hasta el presente fue diseñada en 1994, durante un inolvidable año de labor con el grupo fundador del Posgrado. Nos movimos en ella desde un comienzo y pronto nos adaptamos al juego de la promoción y el acompañamiento del aprendizaje con nuestros colegas. Pero lo que podríamos llamar una iluminación, una claridad en la comprensión, llegó después de más de una década. No habíamos diseñado una estructura tradicional, en el sentido de cursos a los cuales se asiste para recibir clases y para luego dar cuenta de lo aprendido a través de exámenes. Habíamos construido algo diferente, un espacio de comunicación en el que se hacían posibles la promoción y el acompañamiento del aprendizaje.

Desde 1995 venimos abriendo año tras año un entorno de aprendizaje, antes con las tecnologías analógicas, hoy con el apoyo de la virtualidad. Digo, subrayo **apoyo.** Nuestro entorno no es meramente virtual, no se resuelve en una plataforma, por buena que esta sea. Lo hicimos posible apenas con cuatro libros, uno por cada módulo, y ahora lo continuamos con los aportes de la digitalización. Nuestro entorno fue, sigue siendo, humano en lo profundo. Desde la educación a distancia, pues en esa modalidad nacimos, un entorno sin bancos ni muros, sin lecciones y sin la pretensión de proponer a los demás una teoría que vendría a echar por tierra las anteriores, sin asignaturas tradicionales… Entorno como espacio de encuentro y de interaprendizaje.

Cuarto momento: el método

Con el paso de los años tomamos conciencia de la última clave que quiero presentarles. Se trata del método. Lo sabemos: la primera parte “metá” se traduce como movimiento hacia, la segunda como camino. Entonces: camino a seguir, procedimiento… En el marco de nuestra tarea de educadores comprometidos con la promoción y el acompañamiento del aprendizaje de nuestros colegas ¿qué procedimientos les sugerimos?, ¿qué les pedimos que hagan?, ¿qué movimientos de sus cuerpos, de sus sentires, de su imaginación, de su capacidad de conceptualizar privilegiamos?

Precisemos desde nuestro espacio de trabajo: todo lo vivido en estas décadas, todo lo construido entre nosotros y con distintas generaciones de colegas docentes se resuelve en el método pedagógico, es decir como movimiento, camino en el mayor compromiso de una pedagogía: promover y acompañar aprendizajes.

Una larga reflexión nos llevó a reconocer que nuestra propuesta toda se expresa en el método pedagógico.

Primera clave del método: el juego subjetivo-objetivo, con equilibrio entre estos últimos. Cualquier desborde destruye el proceso: pura subjetividad termina por escaparse del trabajo pedagógico, pura conceptualización acaba por excluir a los sujetos. Desde 1995 venimos insistiendo en la vuelta de la mirada de los colegas a su práctica profesional cotidiana, sin esa apelación a la subjetividad no estaríamos aquí. Y a la vez el diálogo con autores, porque se aprende de uno mismo en interacción con quienes abrieron alternativas a la reflexión y la comprensión. En este marco propusimos el concepto de umbral pedagógico afirmando que los educadores somos seres de umbrales: demasiada distancia hacia un mundo de lejanas ideas vuelve inútil la relación, una cercanía que termina por invadir al otro asfixia cualquier proceso.

Segunda clave del método: la construcción de todo el posgrado, de las obras generadas por los colegas, de nuestros materiales para sostener el diálogo, de las relaciones interpersonales, del cotidiano seguimiento de los asesores pedagógicos, la construcción toda en clave comunicacional. Me concentro en un elemento central de la propuesta: la obra pedagógica elaborada para aprobar cada módulo, el texto paralelo sostenido por lo comunicacional, como camino hacia cuestiones conceptuales, sin duda, pero también como camino hacia los otros y hacia uno mismo.

Tercera clave del método: nuestro sistema es un método, es decir un camino…, pero vacío. Proponemos una estructura para dinamizar la relación subjetivo objetivo y para abrir las puertas a un proceso vivido en clave comunicacional, pero el resto, **todo el resto**, no lo llenamos nosotros como coordinadores del posgrado. Tampoco se llena con autores, por respetables que sean.

La plenitud del método se juega en una articulación de conceptos que puedan ayudar a la práctica y la vida profesional de cada una y cada uno de nuestros colegas. Aquello de "el camino al andar" tiene sentido solo si se entiende que el andar es el de los otros, no un reflejo del nuestro ni de autores o grandes teorías.

Como camino vacío, como procedimiento de articulación de lo subjetivo-objetivo y de impulso a la comunicabilidad, al "llenarse" nuestro posgrado está abierto a todo: la poesía, las imágenes, los recuerdos, las experiencias, la cultura en sus variadas manifestaciones, las voces personales y grupales, la interlocución con los estudiantes…

Ese "llenarse" en clave comunicacional abre la preciosa deriva de la existencia de cada participante a la aventura del conocimiento y del reconocimiento de sí mismo, en la articulación de lo subjetivo y lo objetivo.

¿Qué cuidamos los responsables de todo este espacio de posgrado tantos años sostenido? El método. Nosotros somos sus guardianes, si se me permite tal expresión. No en el sentido de dueños de mecanismos de control, mucho menos de propietarios de una única alternativa válida en la preciosa complejidad del campo de la pedagogía. Vale la pena entonces añadir un giro: nosotros somos guardianes de nuestro método, de ese camino

vacío, como procedimiento de articulación de lo subjetivo-objetivo y de impulso a la comunicabilidad.

No proponemos el método pedagógico, sino nuestro método pedagógico.

Es la tercera vez que utilizo variaciones de la palabra con la cual cerraré este intento de justificar el honor que hoy me hacen. He escrito: “descuidar”, “cuidado”, “cuidamos”.

En torno al cuidado

Hora de asomarnos a un concepto que atraviesa la historia de Occidente desde la Grecia clásica hasta nuestros días, desde el *Alcibíades* de Platón hasta la encíclica *Laudato sí*. *Sobre el cuidado de la casa común*, del papa Francisco; desde un llamado al cuidado de sí hasta una ética del cuidado de alcance social y planetario.

Sugiero dos textos para incursionar en esta preciosa temática: *La hermenéutica del sujeto*, de Michel Foucault, y *Saber cuidar*, de Leonardo Boff. El primero, con una erudición inmensa, rastrea el *cura sui,* el cuidado de sí, desde la Grecia clásica hasta el período helenista; el segundo habla en nuestros días de lo que significa un verdadero estigma a escala del planeta todo: la falta de cuidado. El cura sui representa, en la tradición griega, un proceso mucho más complejo que el tan divulgado “conócete a ti mismo”. No se trata solo de esto último, la tarea supone una transformación personal para poder acceder a la verdad. No estamos ante una mera cuestión de conocimiento, sino de búsqueda en uno mismo, en interacción con los demás, para enriquecer la espiritualidad y desde ella relacionarse con la verdad.

El saber cuidar, el cuidado de la casa común, abre el juego a todas las relaciones en las cuales está embarcada la humanidad, desde el vecindario hasta el entramado ecológico a escala planetaria. Desde cada ser, entonces, desde cada individuo en el *cura sui* hasta el destino de la casa común en la cual vivimos y sobrevivimos.

Llevemos esos conceptos a nuestros espacios educativos: el cuidado de sí, el *cura sui*, corresponde a la construcción de alguien como educador; el cuidado de la casa común refiere a las instituciones educativas, no en vano la universidad es la única instancia del sistema llamada “casa de altos estudios”, no se habla así ni de la primaria ni de la secundaria. Uno y otro cuidado se necesitan hasta en las raíces.

Desde 1995 hasta el presente nuestro posgrado se cobijó en las posibilidades abiertas por la Universidad Nacional de Cuyo y la Facultad de Filosofía y Letras, dentro de lo que significa el cuidado de la casa común. Desde 1995 pudimos, en ese marco, promover y acompañar aprendizajes sobre la base del método para apoyar a nuestros colegas en el cuidado de sí, en su construcción como educadores. Lo que alcanzamos a lograr no fue producto de una pedagogía que habría llegado para barrer con las anteriores, tampoco desde una prédica del bien y del mal en el terreno de las ideas y mucho menos en el a menudo mísero juego

del maestro y sus discípulos empecinados en parecerse a él, y mucho menos todavía en aquello de encarnar una mirada que iría más allá de los pobres mortales que buscan caminos para el aprendizaje.

Un cuidado plural

En esa tarea de sostener el cuidado de la casa común y de apoyar el cuidado de sí de nuestros colegas, nosotros nos llamamos “guardianes de nuestro método”. Nada más.

He tratado de hablar desde un comienzo en plural. Ni un palmo de la aventura intelectual que intenté narrar en este agradecimiento al honor del emeritazgo, pudo haberse gestado sin la presencia de un grupo sostenido durante más de dos décadas. El cuidado del método, el método mismo, no son tareas para iluminados que vendrían a guiar a masas de desorientados en pos de su capacitación o de su destino. Si me he expresado en plural fue porque todo se hizo de esa manera, en un nosotros que no decayó nunca, en una tolerancia y una colaboración sobre la cual es posible construir y continuar un proyecto educativo.

La resistencia al abandono, a la que aludí al comienzo, no es obra de navegantes solitarios, ni de héroes intelectuales que vendrían a salvar conciencias y prácticas de las multitudes. De un esfuerzo plural se trata, de una colaboración sostenida entre quienes asumimos la tarea de guardianes de nuestro método y, sobre todo, de una preciosa participación de los colegas que acudieron al posgrado generación tras generación durante más de dos décadas.

Así anduvimos todo el tiempo, en ese andar cantado por Machado, así convivimos, así aprendimos y aprendemos, ¿es que hay otra manera de sostener el cuidado de sí y de la casa común?